

—¿Quién ha dicho eso?

—Un hombre á quien yo maté en duelo.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Una muerte ya!

—Si no es tu protector, si no te da oro, si eres tú la que se lo das, vamos á ver, ¿Es tu hermano?

—¿Y si lo fuese?

El señor Desmarets se cruzó de brazos y repuso:

—¿A qué ocultármelo? ¿Me habréis engañado acaso tu y tu madre? Además, ¿se va á casa de un hermano todos los días ó casi todos los días?

Su mujer se había desmayado á sus pies.

—¡Muerta! exclamó. ¿Y si no tuviese yo razón?

Acto continuo, tiró del cordón de la campanilla, llamó á Josefina y pusieron á Clemencia en la cama.

—Yo moriré, dijo Clemencia volviendo en sí.

—¡Josefina! gritó el señor Desmarets, vaya usted á buscar al señor Desplein, y después, corra á casa de mi hermano y dígale que venga lo antes posible.

—¿Para qué tu hermano? dijo Clemencia.

Julio había salido ya.

Por primera vez en cinco años, Clemencia se acostó sola y se vió obligada á dejar entrar un médico en su cuarto sagrado. Muy vivas fueron estas dos penas. Desplein encontró muy mala á la señora Desmarets. Jamás una emoción violenta había sido tan intempestiva. No quiso pronosticar nada y aplazó su opinión para el día siguiente, después de haber prescrito algunas cosas que no fueron ejecutadas, porque los intereses del corazón hacen olvidar todos los cuidados físicos. Al amanecer, Clemencia no había dormido aun. Estaba preocupada por el sordo murmullo de una conversación que duraba hacia algunas horas entre los dos hermanos; pero el espesor de las paredes no dejaba llegar á sus oídos ninguna palabra que pudiese darle á entender el objeto de aquella larga conferencia. El notario Desmarets no tardó en marcharse. Entonces la calma de la noche y la singular actividad de los sentidos que comunica la pasión, permitieron oír el rasgueo de una pluma y los movimientos involuntarios de un hombre ocupado en escribir. Los que pierden habitualmente la noche y los que han observado los diferentes efectos de la acústica en medio de un profundo silencio, saben que á veces un ligero sonido es fácil de percibir en los mismos lugares en que los mur-

mullos iguales y continuos no permiten distinguir nada. A las cuatro de la mañana, el ruido cesó, y Clemencia inquieta y temblorosa, se levantó descalza y en camisa, sin pensar en su fiebre ni en el estado en que se hallaba. La pobre mujer abrió sin hacer ruido la puerta que comunicaba con la habitación en que estaba su marido, y vió á éste con una pluma en la mano dormido sobre un sofá. Las bujías ardían en sus candelabros, y la joven avanzó lentamente y leyó estas palabras en un sobre cerrado ya: ESTE ES MI TESTAMENTO.

Después se arrodilló como ante una tumba y besó la mano de su marido, que se despertó de pronto.

—Julio, amigo mío, á los criminales condenados á muerte se les concede algunos días de tregua, le dijo mirándolo con ojos encendidos por la fiebre y por el amor. Tu mujer inocente no te pide más que dos. Déjame libre durante dos días, y... y espera. Después moriré feliz, porque al menos sabré que seré llorada por ti.

—Clemencia, yo te los concedo.

Y como ella besase las manos de su marido con conmovedora efusión, Julio, fascinado por aquel grito de la inocencia, la abrazó y la besó en la frente, avergonzado de sufrir aun el poder de aquella noble belleza.

Al día siguiente, después de haber descansado algunas horas, Julio entró en el cuarto de su mujer obedeciendo maquinalmente á su costumbre de no salir sin haberla visto. Clemencia dormía. Un rayo de luz penetraba por las rendijas más altas de las ventanas iluminando el rostro de aquella mujer anonadada. Los dolores habían alterado ya su frente y la fresca rubicundez de sus labios. Los ojos de un amante no podían engañarse al ver su palidez enfermiza, el tono igual de sus mejillas y la blancura mate de su tez.

—¡Sufre! se dijo Julio. ¡Pobre Clemencia! ¡Que Dios la proteja!

Enseguida la besó suavemente en la frente, ella se despertó, vió á su marido y lo comprendió todo; pero no pudiendo hablar le tomó la mano, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Soy inocente! dijo Clemencia acabando su sueño.

—¿No saldrás? le preguntó Julio.

—No, me siento demasiado débil para dejar la cama.

—Si cambias de opinión, espera mi vuelta, dijo Julio.

Y se encaminó á la portería.

—Fouquereau, vigile usted bien la puerta, porque quiero saber la gente que entra en el palacio y la que sale.

Acto continuo, Julio tomó un coche y se hizo conducir al palacio de Moulincourt, donde preguntó por el barón.

—El señor está enfermo, le respondieron.

Julio insistió en entrar, dió su nombre, y á falta del señor Moulincourt, quiso ver al vidamo ó la viuda. Esperó algunos instantes en el salón, á donde la baronesa no tardó en acudir, para decirle que su nieto estaba demasiado indisuesto para recibirle.

—Señora, le respondió Julio, conozco la índole de su enfermedad por la carta que usted me hizo el honor de escribirme, y le ruego que crea...

—Caballero, ¡una carta mía! exclamó la noble viuda interrumpiéndole; pero si yo no he escrito ninguna carta. ¿Y qué le dicen á usted en esa carta?

—Señora, repuso Julio, como tenía intención de venir hoy mismo á casa del señor Moulincourt para devolverle esta carta creí que podía conservarla, á pesar del ruego que se me hacía al final de ella. Aquí la tiene usted.

La noble viuda llamó para pedir sus lentes, y cuando hubo fijado sus ojos en el papel, manifestó la mayor sorpresa.

—Caballero, mi letra está tan perfectamente imitada, que si no se tratase de un asunto reciente, yo misma dudaría. Es cierto que mi nieto está enfermo; pero su razón no ha sufrido afortunadamente la menor alteración. Estamos siendo juguetes de algún mal sujeto; sin embargo, no adivino con qué objeto ha podido escribirle. Va usted á ver á mi nieto, y reconocerá que está perfectamente sano de espíritu.

Y esto diciendo, llamó de nuevo para que fuesen á preguntarle al barón si podía recibir al señor Desmarests. El criado volvió para dar una respuesta afirmativa. Julio subió á la habitación de Augusto Moulincourt, el cual, á causa de su debilidad, permaneció sentado en un sofá al amor del fuego y se limitó á saludarle con un gesto melancólico. El vidamo de Pamiers le hacía compañía.

—Señor barón, dijo Julio, tengo que hablarle de algo que es bastante interesante para desear que estemos solos.

—Caballero, respondió Augusto, el señor comendador conoce todo este asunto, y puede usted hablar delante de él sin temor.

—Señor barón, repuso Julio con voz grave, usted ha turbado, casi ha destruído nuestra dicha, sin tener derecho á ello. Hasta el momento en que sepamos quien de los dos tiene derecho á pedirle al otro una reparación, usted me ha prometido ayudarme á marchar por la tenebrosa senda en que me ha sumido. Vengo, pues, á saber por usted el domicilio actual del ser misterioso que ejerce sobre nuestros destinos tan fatal influencia y que parece tener á sus órdenes un poder sobrenatural. He aquí la carta que recibí ayer en el momento en que entraba en casa después de haberle oído á usted.

Y Julio le presentó la carta falsificada.

—Ese Ferragus, ese Bourignard ó ese señor Funcal es un demonio, exclamó Moulincourt después de haberla leído. ¿En qué espantoso dédalo me he metido? ¿A donde voy? Señor, reconozco que obré mal, dijo mirando á Julio; pero la muerte es sin duda la mayor de las expiaciones, y mi muerte está próxima. Puede usted pedirme, pues, todo lo que desee, porque estoy á sus órdenes.

—Señor, usted debe saber donde vive el desconocido, y aunque tuviera que costarme toda mi fortuna actual, yo quiero penetrar este misterio. En presencia de un enemigo tan cruelmente inteligente los momentos son preciosos.

—Justino va á decirselo á usted todo, respondió el barón.

Al oír estas palabras el comendador se agitó en su silla. Augusto llamó.

—Justino no está en casa, exclamó el vidamo con una precipitación que decía muchas cosas.

—Bueno, se apresuró á decir Augusto, nuestros criados sabrán donde está. Que monte uno á caballo y que vaya á buscarle. Está en París ¿verdad? pues ya le encontrarán.

El comendador pareció visiblemente turbado.

—Amigo mío, Justino no vendrá, dijo el anciano. Ha muerto. Yo quería ocultarte este accidente, pero...

—¡Muerto! exclamó el señor de Moulincourt, ¡muerto! ¿cuándo? ¿cómo?

—Ayer por la noche se fué á cenar con unos antiguos amigos, sin duda se embriagó, y como sus amigos debieron

hacer lo mismo, lo dejarían acostarse en la calle, un carro pasó por encima de él matándole.

—Esta vez el forzado no ha errado el golpe. Al primer intento lo mató, dijo Augusto. Conmigo no ha tenido tanta suerte, pues se ha visto obligado á intentarlo cuatro veces.

Julio se puso sombrío y pensativo.

—Así pues no sabré nada, exclamó el agente de cambio después de una larga pausa. Su criado tal vez ha sido justamente castigado. ¿No ha excedido sus órdenes calumniando á la señora Desmarets y despertando los celos de una tal Ida á fin de desencadenarlos contra nosotros?

—¡Ah! caballero, en medio de mi cólera, yo se lo aconsejé.

—Caballero, exclamó el marido vivamente irritado.

—¡Oh! señor, ahora estoy dispuesto á todo, respondió el oficial reclamando el silencio con un gesto. No podrá usted hacer nada que no esté ya hecho, ni podrá decirme nada que mi conciencia no me haya dicho ya. Esta mañana espero al profesor más célebre de toxicología para conocer mi suerte. Ya estoy decidido, si me esperan grandes sufrimientos, me levantaré la tapa de los sesos.

—Habla usted como un niño, exclamó el comendador asustado de la sangre fría con que el barón había dicho estas palabras. Su abuela se moriría de pena.

—¿De modo que no existe ningún medio de saber el lugar donde vive ese hombre extraordinario? preguntó Julio.

—Caballero, dijo el anciano, yo creo haber oído decir á ese pobre Justino, que el señor Funcal vivía en la embajada de Portugal ó en la del Brasil. El señor Funcal es un hidalgo que pertenece á estos dos países. Respecto al forzado, está ya muerto y enterrado. Su perseguidor de usted, quien quiera que sea, me parece bastante poderoso para que lo acepte usted bajo su nueva forma, hasta el momento en que tenga usted algún medio de confundirlo y aplastarlo. Pero obre usted con prudencia, señor mío. Si el señor de Moulincourt hubiese seguido mis consejos, no le hubiera ocurrido nada de lo que le ocurre.

Julio se retiró friamente, pero con cortesía, sin saber lo que hacer para encontrar á Ferragus. En el momento en que entraba en su casa, su conserje le dijo que la señora había salido para echar una carta al buzón que había enfrente de la calle de Menars. Julio se sintió humillado al

reconocer la prodigiosa inteligencia con que su conserje se adhería á su causa y la astucia con que adivinaba los medios de servirle. Desmarets conocía el apresuramiento y la habilidad propia de los inferiores para comprometer á sus amos y el peligro de tenerles por cómplices; pero no pudo pensar en su dignidad personal hasta el momento en que se encontró ya comprometido. ¡Qué triunfo para el esclavo, incapaz de levantarse ante su amo, hacer llegar al amo hasta él! Julio se mostró brusco y duro. ¡Otra falta! pero ¡sufría tanto! Su vida tan recta y tan pura hasta entonces, se hacía tortuosa, siéndole preciso en aquella ocasión mentir y emplear la astucia. También Clemencia mentía y se mostraba astuta. Aquel momento fué un momento de disgusto. Perdido en un abismo de pensamientos amargos, Julio permaneció maquinalmente inmóvil á la puerta de su palacio. Ya abandonándose á ideas de desesperación, quería huir y dejar á Francia; ya no dudando que la carta echada al correo por Clemencia iba dirigida á Ferragus, buscaba los medios de sorprender la respuesta que iba á darle aquel misterioso ser, ya analizaba los singulares azares de su vida después de su matrimonio y se preguntaba si no era una verdad la calumnia que él había sabido vengar, matando á su autor. En fin, volviendo á la respuesta de Ferragus, se decía:

—Pero ¿responderá ese hombre, tan profundamente hábil, tan lógico en sus menores actos y que ve, presente y calcula nuestros pensamientos? ¿No empleará Ferragus medios que estén en armonía con su poder? ¿No enviará su respuesta por algún hábil pilluelo ó bien en un estuche traído por algún hombre honrado que no sabrá lo que trae, ó en la envoltura de los zapatos que una obrera vendrá á entregar inocentemente á mi mujer?

Y desconfiaba de todo, recorría los inmensos campos, la mar sin orillas de las hipótesis, y después de haber flotado algún tiempo entre mil ideas contrarias, se consideró más fuerte en su casa que en ningún otro sitio, y resolvió vigilarla.

—Fouquereau, le dijo al portero, no estoy en casa para nadie. Si alguien quiere hablar á la señora ó le trae algo, darás dos golpes, y además, enséñame todas las cartas que vengan dirigidas aquí, sea á quien sea. Así, pensó mientras subía á su despacho, si Ferragus envía algún emisario

bastante astuto para preguntar por mí á fin de saber si la señora está sola al menos no seré engañado como un tonto.

Al llegar á su despacho, se asomó á las vidrieras de un balcón que daba á la calle, y poniendo en práctica la última astucia que le inspiraron los celos, resolvió que su primer dependiente tomase su coche y se fuese á la Bolsa en su lugar con una carta para un agente de cambio amigo suyo, á quien explicaba sus compras y sus ventas rogándole que le reemplazase. Aplazó para el día siguiente sus transacciones más delicadas, burlándose de la alza y de la baja y de todas las Deudas europeas. ¡Hermoso privilegio del amor! lo aplasta todo, lo hace palidecer todo; el altar, el trono y el comercio. A las tres y media, en el momento en que más animación hay en la Bolsa, Julio vió entrar á Fouquereau en su despacho radiante de alegría.

—Señor, acaba de venir una vieja á preguntar por usted, y fingiéndose muy contrariada por no encontrarle, me entregó esta carta para la señora.

Presa de febril angustia, Julio abrió la carta; pero no tardó en sentarse desanimado en un sofá. La carta era un continuo contrasentido, y se necesitaba la clave para leerla. Estaba cifrada.

—Vete, Fouquereau.

El portero salió.

—Esto es un misterio más profundo que el mar en el lugar en que las ondas se pierden. ¡Ah! esto es amor. Sólo el amor puede emplear medios tan sagaces y tan ingeniosos. ¡Dios mío! mataré á Clemencia.

En este momento una idea feliz brotó en su cerebro. Durante sus días de miseria, antes de su casamiento, Julio tenía íntima amistad con un sujeto. La excesiva delicadeza con que había procurado evitar las susceptibilidades de un amigo pobre y modesto, el respeto con que le había tratado y la ingeniosa astucia con que le había obligado á participar de su opulencia sin hacerle enrojecer, acrecentaron su amistad. Jacobito permaneció fiel á Desmarets, á pesar de su fortuna.

Jacobito, trabajador, hombre probó y austero, había hecho lentamente su carrera en el Ministerio que necesita más pillos y más hombres pobres. Empleado en el Ministerio de Negocios extranjeros, tenía á su cargo la parte más delicada de los archivos. Jacobito era en el Ministerio una

especie de gusano de luz que iluminaba las correspondencias secretas descifrando y clasificando los telegramas. Gracias á Julio, su posición había mejorado mediante un buen matrimonio. Patriota desconocido y ministerial de corazón, se contentaba con lamentarse en el rincón del fuego acerca de la marcha del gobierno. Por lo demás, Jacobito era en su casa una marido indulgente que pagaba á su mujer un coche del cual no se aprovechaba él nunca. En fin, para acabar la descripción de este *filósofo sin saberlo*, baste decir que no había sospechado aun ni debía sospechar nunca todo el partido que podía sacar de su posición teniendo amistad con un agente de cambio, y conociendo todas las mañanas los secretos de Estado. Este hombre, sublime á la manera del soldado ignorado que muere salvando á Napoleón con un: *¿Quién vive?* vivía en el ministerio.

En diez minutos Julio se trasladó á la oficina del archivero. Jacobito le ofreció una silla, colocó metódicamente sobre la mesa su pantalla de tafetán verde, se frotó las manos, tomó su tabaquera, se levantó haciendo crugir sus omoplatos y dijo:

—Señor Desmarets, ¿tú por aquí? ¿Qué me quieres?

—Jacobito, te necesito para adivinar un secreto de vida ó muerte.

—¿No concierne á la política?

—No, porque si concerniese no te lo preguntaría á tí, dijo Julio. Es un asunto particular del que te exijo el más profundo silencio.

—Ya sabes que soy mudo por temperamento. ¿No me conoces? dijo riéndose. La discreción ya sabes que es mi divisa.

Julio le enseñó la carta diciéndole:

—Tienes que leerme esta carta dirigida á mi mujer.

—¡Diablo, diablo! mal negocio, dijo Jacobito examinando la carta de la misma manera que un usurero examina un efecto negociable. ¡Ah! es una carta de reja. Espera.

Y dejando á Julio en el despacho, se ausentó por algunos minutos, y volvió á poco diciéndole:

—Esto no es nada, amigo mío, está escrito con una antigua reja que empleaba el embajador de Portugal cuando la expulsión de los jesuitas. Mira, aquí tienes.

Esto diciendo, Jacobito puso sobre el escrito un papel transparente á intervalos, y entonces Julio pudo leer fácilmente las frases que quedaban al descubierto.

«Mi querida Clemencia: No te inquietes, pues nuestra dicha no será ya turbada por nadie y tu marido abandonará sus sospechas. No puedo ir á verte. Por enferma que estés, es preciso que tengas el valor de venir. Busca, saca fuerzas si es preciso de tu amor. Mi cariño por tí me ha obligado á sufrir la más cruel de las operaciones, y me es imposible moverme de la cama. Ayer por la noche me fueron aplicadas algunas moxas en la nuca y he tenido que aguantarlas algunas horas. ¿Me comprendes? Pero pensaba en tí y no he sufrido gran cosa. Para despistar al señor de Moulincourt, que ya no volverá á perseguirnos, he dejado el techo protector de la embajada y estoy al abrigo de todas las pesquisas en la calle de los Infantes Rojos, número 12, en casa de una vieja llamada Gruget, madre de esa Ida que va á pagar cara su estúpida salida. Ven mañana por la mañana á las nueve. Estoy en un cuarto al que se sube por una escalera interior. Pregunta por el señor Camuset. Hasta mañana. Te beso en la frente, querida mía.»

El archivero miró á Julio con una especie de terror, que entrañaba una compasión verdadera, y dijo en dos tonos diferentes su palabra favorita:

—¡Diablo! ¡diablo!

—Esto te parece claro, ¿verdad? le preguntó Julio. Pues bien, hay en el fondo de mi corazón una voz que defiende á mi mujer y que puede más que todos los dolores de los celos. Sufriré hasta mañana el más horrible de los suplicios; pero al fin mañana lo sabré todo y seré desgraciado ó feliz para toda la vida. Piensa en mí.

—Mañana á las once estaré en tu casa. Iremos allá juntos y si quieres, te esperaré en la calle. Puedes correr peligros, y necesitas á tu lado alguien que te entienda con media palabra y que te inspire confianza. Cuenta conmigo.

—¿Hasta para matar á uno?

—¡Diablo! ¡diablo! dijo el archivero repitiendo la misma nota musical, yo tengo dos hijos y mujer.

Julio estrechó la mano á su amigo y salió; pero volvió á entrar al poco rato precipitadamente, diciendo:

—He olvidado la carta, y además hay que cerrarla.

—¡Diablo! ¡diablo! la has abierto sin tomar precauciones; pero afortunadamente el sobre no se ha roto. Vete, déjamela, yo te la llevaré *secundum scripturam*.

—¿A qué hora?

—A las cinco y media.

—Si no hubiese vuelto yo aun, entrégasela sencillamente al conserje, diciéndole que la suba á la señora.

—¿Me necesitas mañana?

—No, adiós.

Julio se trasladó inmediatamente á la plaza de la Rotonda del Temple, dejó allí su coche y se fué á la calle de los Infantes Rojos para examinar la casa de la señora Gruget. Allí tenia que esclarecerse el misterio de que dependían tantas personas ¡allí estaba Ferragus!

Aquella casa era una de las que pertenecen al género llamado *cabajoutis*. Este significativo nombre lo aplica el pueblo de París á esas casas compuestas, por decirlo así, de piezas de comunicación. Son casi siempre ó habitaciones primitivamente separadas y reunidas después por capricho de los diferentes propietarios que las han agrandado sucesivamente, ó casas comenzadas y dejadas, casas desgraciadas que, al igual que ciertos pueblos, sufrieron el influjo de varias dinastías de amos caprichosos. Ni los pisos ni las ventanas están al mismo nivel; todo es en ellas destartado.

—¿La señora Gruget? preguntó Julio á la portera.

Aquella portera se albergaba en una especie de gallinero, pequeña casita de madera, montada sobre unas ruedas bastante semejantes á esas casetas que la policía ha construído en todas las plazas de parada.

En París, los diferentes sujetos que concurren á formar la fisonomía de una porción cualquiera de esta monstruosa ciudad, forman admirable armonía con el carácter del conjunto. Así, portero, conserje, sea cual fuere el nombre que se le dé á este músculo esencial del monstruo parisiense, está siempre en armonía con el barrio de que forma parte y á veces lo resume. Ocioso y bien vestido, el conserje juega á la Bolsa en el arrabal Saint-Germain, el portero vive desahógadamente en la calzada de Antin, lee los periódicos en el barrio de la Bolsa y tiene una profesión en el arrabal Montmartre. La portera es una antigua prostituta en el barrio de la Prostitución, y en el Marais es de carácter acerbo y tiene extravagantes caprichos.

Al ver á Julio, aquella portera tomó un cuchillo para remover las cenizas de su brasero casi apagado, y le dijo:

—¿Pregunta usted por la señora Estefanía Gruget?

—Sí, dijo Julio Desmarets con aire casi enfadado.

—¿Que trabaja en la pasamanería?

—Sí.

—Pues bien, señor, dijo saliendo de su jaula, tomando el brazo de Julio y llevándole al extremo de un largo pasillo. Suba usted la segunda escalera del fondo del patio. ¿Ve usted las ventanas donde hay unos alielés? Pues allí vive la señora Estefanía.

—Gracias, señora. ¿Cree usted que estará sola?

—¿Cómo no ha de estarlo si es viuda?

Julio subió á toda prisa una escalera oscura, cuyos pedregales tenían callosidades formadas por el barro endurecido que dejaban en él los transeuntes. En el segundo piso vió tres puertas pero no los alielés. Afortunadamente, en una de estas puertas, en la más grasienta y la más morena de todas, leyó estas palabras escritas con greda: *Ida vendrá esta noche á las nueve.*

—Aquí es, se dijo Julio.

Y tiró del negro cordón de una campanilla, oyendo á poco el sonido cascado de ésta y los ladridos de un perrito asmático. Por la manera como resonaban los ruidos en el interior, conoció que la habitación estaba llena de esas cosas que no dejan subsistir eco ninguno, rasgo característico de los albergues ocupados por obreros ó por matrimonios que carecen de espacio y de aire en sus habitaciones. Julio buscaba maquinalmente los alielés y acabó por verlos en el repecho exterior de una ventana. Allí había flores, allí había un jardín de dos metros de largo y seis pulgadas de ancho, allí había un grano de trigo, allí toda la vida resumida; pero allí había también todas las miserias de la vida. Enfrente de aquellas raquíticas flores, un rayo de luz, cayendo del cielo como por gracia especial, hacía resaltar el polvo, la grasa y ese color particular de los tugurios parisienses, mil suciedades que envejecían y manchaban las húmedas paredes, los balaústres de la escalera, los quicios de las puertas y ventanas, rojas primitivamente. Muy pronto, una tos de vieja y el torpe paso de una mujer anunciaron á la madre de Ida Gruget. Aquella anciana abrió la puerta, salió al descansillo, levantó la cabeza y dijo:

—¡Ah! es el señor Baquillón. Pero no. ¡Caramba! ¡cómo se parece usted al señor Baquillón! Tal vez será usted

hermano suyo. ¿En qué puedo servirle? Entre usted señor.

Julio siguió á aquella mujer hasta un primer cuarto, donde vió amontonados utensilios de hogar, jaulas, hornillos, muebles, platos de barro llenos de comida ó de agua para el perro y los gatos, un reloj de madera, tapaderas, grabados de Eisen y hierros viejos amontonados, mezclados y confundidos de manera que producían un cuadro verdaderamente grotesco, al que no faltaban siquiera algunos números del *Constitucional*.

Julio, dominado por un pensamiento de prudencia, no escuchó á la viuda Gruget, que le decía:

—Entre usted, señor, y se calentará.

Temiendo ser oído por Ferragus, Julio se preguntaba si no sería mejor tratar en la primera habitación del asunto que iba á proponer á la vieja. Una gallina que salió cacareando de un rincón le sacó de su secreta meditación. Julio se había decidido ya, y por lo tanto, siguió á la madre de Ida á la habitación que le indicaba, donde estuvieron acompañados del perrito faldero, personaje mudo que se apresuró á saltar sobre un taburete. La señora Gruget había cometido una verdadera fatuidad hablándole á Julio de calentarse, pues todo su fuego se componía de dos tizones enormemente desunidos. La espumadera yacía en tierra con el mango metido en la ceniza. La chimenea, adornada con un Jesús de cera colocado dentro de un fanal de vidrio, estaba plagado de lonas, de canillas y demás útiles necesarios para la pasamanería. Julio examinó todos los muebles de la habitación con curiosidad llena de interés y manifestó á pesar suyo secreta satisfacción.

—Bueno, diga usted, señor, ¿acaso quiere usted adquirir muebles como los míos? dijo la viuda sentándose en un sofá que parecía ser un cuartel general, pues había sobre él el pañuelo, la tabaquera, unas medias, unos lentes, un calendario, unos galones de librea empezados, un juego de cartas grasiento y dos novelas.

Aquel mueble, en el que aquella anciana descendía el río de la vida, se parecía al saco enciclopédico que lleva una mujer cuando viaja, el cual encierra en miniatura todo un hogar, desde el retrato del marido, hasta las pastillas para los niños y el tafetán inglés para las cortaduras.

Julio lo estudió todo, miró muy atentamente el rostro

amarillo de la señora Gruget, sus ojos grises desprovistos de cejas y de pestañas, su desdentada boca, sus arrugas llenas de tonos negros, su gorro de tul rojo, sus rasgadas faldas de indiana, sus zapatillas usadas y su mesa cargada de platos y de alzas de algodón y de lana, sobre las cuales se elevaba una botella de vino, y después se dijo para sus adentros.

—Esta mujer tiene alguna pasión, algún vicio oculto, y ya es mía.

—Señora, le dijo en voz alta haciéndole una seña de inteligencia, vengo á encargarle á usted unos galones.

Después bajó la voz y repuso:

—Ya sé que tiene en casa un desconocido que se dice Camuset.

La vieja le miró de pronto sin dar la menor prueba de asombro,

—Diga usted, ¿puede oírnos? Mire que se trata de la fortuna de usted.

—Señor, hable usted sin temor, que no hay nadie aquí, respondió la vieja. Pero aunque hubiese alguien arriba, no podría de ningún modo oírnos.

—¡Ah! vieja astuta, se dijo Julio, creo que podremos entendernos. Señora, no se tome usted de la molestia de mentir. En primer lugar, sepa que no le deseo ningún mal á usted, ni á su inquilino el enfermo de las moxas, ni á su hija Ida, corsetera, amiga de Ferragus. Ya ve usted que estoy al corriente de todo. Tranquílcese, no soy de la policía, ni deseo nada que pueda mortificar su conciencia. Mañana, de nueve á diez, vendrá aquí una joven para hablar con el amigo de su hija, y yo quisiera estar en un sitio desde el cual pudiera verles y oírles sin ser visto ni oído por ellos. Usted me procurará el medio de lograr esto, y yo le pagaré este favor con una suma de dos mil francos y una renta vitalicia de seiscientos. Mi notario preparará delante de usted esta noche el acta, yo le entregaré el dinero, y él se lo dará á usted mañana, después de la conferencia á que quiero asistir, durante la cual adquiriré pruebas de su buena fé.

—¿Podrá esto dañar á mi hija, mi querido señor? dijo la Gruget dirigiéndole miradas de gata inquieta.

—En nada. Por otra parte, parece que su hija se porta mal con usted, Queriéndola como la quiere un señor tan

rico y tan poderoso como Ferragus, debería serle fácil hacerla á usted más feliz de lo que la hace.

—¡Ah! mi querido señor, ni siquiera una entrada para el Ambigú, ni para el Teatro de la Alegría, á donde va cuando quiere. Una hija por quien he vendido mis cubiertos de plata, viéndome á mi edad precisada á comer con otros de metal blanco para pagarle el aprendizaje y darle un oficio en el que podría hacer mucho dinero si quisiese, porque eso sí, se parece á mí, y haciéndole justicia, he de decir que es diestra como una hada. En fin, bien podía darme sus trajes viejos de seda, á mí que me gusta tanto llevar seda. Pero ¡cá! señor, se va al Cuadrante Azul á comer á cincuenta francos el cubierto, arrastra coche como una princesa y no se acuerda para nada de su madre. ¡Dios de Dios! ¡qué juventud más incoherente! Una madre que es buena madre, que le ha ocultado sus inconsecuencias y que la ha llevado siempre en el regazo quitándose el pan de la boca para que nada le faltase á ella. Pero ¡cá! viene, dice «Buenos días, madre», sin una caricia y sin una atención; y ya cree llenar sus deberes para con la autora de sus días. Pero ande, que un día ú otro tendrá hijos y ya verá lo que es esta mala mercancía á quien tanto se quiere.

—¡Cómo! ¿No hace nada por usted?

—Tanto como nada, no, porque eso sería demasiado. Me paga el alquiler y me dá leña y treinta y seis francos al mes. Pero señor, ¿es que á mi edad, á los cincuenta y dos años, debería yo trabajar, haciéndome daño los ojos? Además, ¿por qué no me quiere? Acaso le avergüenzo? Que lo diga. A decir verdad, sería preferible que la enterrasen á una para no ver á esos perros de hijos que la olvidan á una en cuanto vuelven la espalda.

Esto diciendo, la Gruget sacó el pañuelo del bolsillo y con él un billete de la lotería, que le cayó en el suelo; pero ella se apresuró á recogerlo, diciendo:

—Es el recibo de mis imposiciones.

Julio adivinó enseguida la causa de la cicatería de que se quejaba la madre, y adquirió la seguridad de que la viuda Gruget aceptaría sus proposiciones.

—Bueno, señora, ¿acepta usted lo que le ofrezco?

—¿Decía usted dos mil francos al contado y seiscientos francos de renta vitalicia?

—Señora, he cambiado de opinión y le prometo única-

mente trescientos francos de renta. De este modo el negocio me parece más conveniente para mis intereses; pero daré á usted cinco mil francos al contado. ¿No prefiere usted esto?

—¡Diantre! sí, señor.

—Así estará usted más desahogada y podrá usted ir en coche al Ambigú Cómico, á Franconi y á donde quiera.

—¡Ah! no me gusta Franconi, porque no se habla. Pero, señor, si acepto, es porque la cosa será muy ventajosa para mi hija, porque así no le seré ya gravosa. ¡Pobrecilla! después de todo, no lo tomo á mal que se divierta. Ahora es joven y está en el tiempo de ello. Con que si usted me asegura que no haré daño á nadie...

—A nadie, repitió Julio. Pero, vamos á ver, ¿cómo se va usted á arreglar?

—Mire usted, señor, dándole esta noche al señor Ferragus una pequeña infusión de adormideras, el pobre hombre roncará toda la noche, que bien lo necesita, para calmar sus sufrimientos, pues sufre que es un dolor. Pero mire usted también que quemarse la nuca para quitarse un dolor nervioso que sólo le molesta cada dos años... Yo no lo entiendo. Para lograr lo que deseamos, tengo la llave de mi vecina, cuyo piso está sobre el mío, y que tiene una habitación medianera con la que ocupa el señor Ferragus. Se ha ido al campo por diez días. Haciendo un agujero por la noche en la pared citada, les oirá usted y les verá á su gusto. Yo soy íntima amiga de un cerrajero que trabaja á precio módico y que no dirá nada á nadie.

—Ahí tiene usted cien francos para él. Esté usted esta noche en casa del señor Desmarets, notario, cuya dirección tiene usted aquí. A las nueve el acta estará dispuesta; pero *mutis*.

—Basta, señor, como usted dice, *tutis*. Hasta luego.

Julio volvió á su casa casi calmado, con la seguridad que tenía de saberlo todo al día siguiente. Al llegar, encontró en la portería la carta perfectamente cerrada.

—¿Cómo estás? dijo á su mujer á pesar de la especie de frío que los separaba.

—¡Son tan difíciles de abandonar las costumbres del corazón!

—Bastante bien, Julio. ¿Quieres comer á mi lado? le dijo con coquetería.

—Sí, respondió el marido. Toma, aquí tienes esta carta que Fouquereau acaba de entregarme para tí.

Clemencia, que estaba pálida, se puso roja como la grana al ver la carta, causando con esto el más vivo dolor á su marido.

—¿Es alegría? dijo Julio riéndose. ¿Es impaciencia?

—¡Oh! encierra tantas cosas mi emoción! repuso ella mirando el sobre.

—La dejo á usted, señora.

Y bajó á su despacho para comunicar á su hermano sus intenciones relativas á la renta vitalicia destinada á la viuda Gruget. Cuando volvió, encontró la comida preparada en una mesita colocada al lado de la cama de Clemencia y á Josefina dispuesta á servirle.

—Si yo estuviese levantada ¡con qué placer te serviría! le dijo Clemencia cuando Josefina les hubo dejado solos.

—¡Oh! hasta de rodillas lo haría, repuso pasando sus pálidas manos por la cabellera de Julio. ¡Oh noble corazón! ¡qué bueno has sido hace un momento para mí! Me has hecho más bien con tu confianza, que el que podrían hacerme todos los médicos de la tierra. Tu delicadeza de mujer, porque tú sabes amar como una mujer, ha sido para mi alma un bálsamo que casi me ha curado. Haya tregua, Julio. Acerca tu cabeza, que quiero besarla.

Julio no pudo negarse al placer de besar á Clemencia; pero lo hizo con una especie de remordimiento, pues se consideraba pequeño ante aquella mujer á quien siempre estaba tentado á creer inocente. Clemencia tenía una especie de alegría triste. A través de sus penas, una corta esperanza brillaba en su rostro. Ambos parecían considerarse igualmente desgraciados, al verse obligados á engañarse mutuamente. Una caricia más, y no hubieran podido resistir á sus dolores, se lo hubieran confesado todo.

—Mañana por la noche, Clemencia.

—No, señor, mañana al medio día lo sabrá usted todo y se arrodillará ante su mujer; pero, no, no te humillarás, porque ya estás perdonado. Tú no tienes ninguna culpa. Escucha. Ayer me diste un gran disgusto; pero mi vida tal vez no hubiera sido completa sin esta angustia, que realzará el valor de días celestiales.

—Tú me embrujas, exclamó Julio, y serías capaz de hacerme sentir remordimientos.

—¡Pobre amigo mío! El destino puede más que nosotros, y yo no soy cómplice de mi destino. Mañana saldré.



—¿A qué hora?

—A las nueve y media.

—Clemencia, toma alguna precaución, consulta al doctor Desplein y al anciano Haudry.

—Sólo consultaré á mi corazón y á mi valor.

—Te dejo en completa libertad, y vendré á verte al medio día.

—¿No me harás un poco de compañía esta noche? Ya no estoy enferma.

Después de haber terminado sus quehaceres, Julio volvió al lado de su mujer llevado por una atracción invencible.

Al día siguiente, á eso de las nueve, Julio salió de su casa, corrió á la calle de los Infantes Rojos, subió y llamó á la puerta de la viuda Gruget.

—¡Ah! es usted hombre de palabra, exacto como la aurora. Entre usted, señor, le dijo la anciana al reconocerle. Le he traído á usted una taza de café con crema por si no había usted almorzado. ¡Ah! es verdadera crema, es de un pote de leche que ví ordeñar yo misma en la vaquería.

—No, gracias, señora, no tomo nada; condúzcame usted al sitio.

—Bien, bien, mi querido señor, venga usted por aquí.

La viuda condujo á Julio á un cuarto situado sobre el suyo, donde le enseñó triunfalmente una abertura del tamaño de una moneda de diez céntimos practicada durante la noche en un lugar correspondiente á las rosas más obscuras del papel que cubría el cuarto de Ferragus. Aquella abertura, lo mismo en una que en la otra pieza, caía sobre un armario, de modo que los resíduos sacados por el cerrajero no podían ser vistos, y por otra parte, era muy difícil ver en la sombra aquella especie de tronera. Para mantenerse allí y ver bien, Julio se vió obligado á permanecer en una posición bastante fatigosa sobre un peldaño que la señora Gruget había tenido la precaución de colocarle.

—Está con un señor, dijo la vieja al retirarse.

En efecto, Julio vió un hombre ocupado en curar un cordón de llagas producidas por una cierta cantidad de quemaduras practicadas en las espaldas de Ferragus, cuya cara reconoció por la descripción que de ella le había hecho el señor de Moulincourt.

—¿Cuándo crees que estaré curado? le preguntó.

—No lo sé, respondió el desconocido; pero según dicen los médicos, aun habrá que hacerte siete ú ocho curas.

—Bueno, hasta la noche, dijo Ferragus tendiendo la mano al que acababa de colocarle la última venda.

—Hasta la noche; respondió el desconocido estrechando cordialmente la mano á Ferragus. Quisiera verte libre de tus sufrimientos.

—Los papeles del señor Funcal serán entregados mañana, y Enrique Bourignard está bien muerto, repuso Ferragus. Las dos fatales cartas que nos han costado tan caras no existen ya. Pasaré á ser algo en la sociedad, un hombre entre los hombres. Creo que bien debo valer tanto como el marino que se comieron los peces. Bien sabe Dios que no es por mí por lo que me hago conde.

—¡Pobre Enrique! Ya sabes que tú, que eres nuestra mejor cabeza, nuestro hermano querido, pasas á ser el Benjamín de la cuadrilla.

—Adiós, vigílad bien á Moulincourt.

—Puedes estar tranquilo respecto á ese punto.

—¡Eh! marqués, gritó el antiguo forzado.

—¿Qué hay?

—Después de la escena de ayer tarde, veo que Ida es capaz de todo. Si se ha tirado al agua, ya no habrá medio de salvarla, y así guardará el secreto de mi nombre, que es la única que lo posee; pero vigílalala, porque después de todo, es una buena muchacha.

—Está bien.

El desconocido se retiró. Diez minutos después, Julio oyó aunque no sin febril estremecimiento, el ruido de unas faldas de seda, y casi reconoció los pasos de su mujer.

—¡Hola! padre mío, dijo Clemencia. ¡Padre! ¡padre! ¿cómo está usted? ¡Qué valor!

—Ven, hija mía, respondió Ferragus tendiéndole la mano.

Y Clemencia la presentó la frente, que aquél se apresuró á besar.

—Vamos á ver, ¿qué tienes hija mía? ¡Cuántas penas te causo!

—Padre mío, no son penas, es la muerte de la hija á quien usted quiere tanto. Como le escribí á usted ayer, es absolutamente necesario que su cabeza tan fértil en ideas encuentre el medio de ver hoy mismo á mi pobre Julio. ¡Si

supiese usted cuan bueno ha sido para mí, á pesar de las sospechas tan legítimas en apariencia! Padre mío, mi amor es mi vida. ¿Quiere usted verme morir? ¡Cuánto he sufrido ya! Lo comprendo, mi vida está en peligro.

—Hija mía, dijo Ferragus, ¡perderte por la curiosidad de un miserable parisiense! ¡Sería sapaz de prender fuego á París! ¡Ah! tú ya sabes lo que es un amante, pero no sabes lo que es un padre.

—Padre mío, me asusta usted cuando me mira de ese modo. No compare usted dos sentimientos tan diferentes. Yo tenía un esposo antes de saber que mi padre estaba vivo.

—Si tu marido fué el primero en cubrir tu frente de besos, respondió Ferragus, yo fui el primero en cubrirla de lágrimas. Tranquilízate, Clemencia, hablo con franqueza. Te quiero bastante para ser feliz sabiendo que tú lo eres, aunque tu padre no sea nada para tu corazón, mientras que tú llenas el suyo.

—¡Dios mío! semejantes palabras me hacen demasiado bien, se hace usted querer cada vez más y me parece que esto es robarle algo á Julio. Padre mío, piense usted que está en la mayor desesperación. ¿Qué he de decirle dentro de dos horas?

—Hija mía, ¿he esperado yo acaso tu carta para salvarte de la desgracia que te amenaza? ¿Qué les ocurre á los que se atreven á atacar tu dicha ó á interponerse entre nosotros? ¿No has reconocido nunca la segunda providencia que vela por tí? ¿No sabes tú que doce hombres llenos de fuerza y de inteligencia forman un cortejo en torno de tu amor y de tu dicha dispuestos á todo por su conservación? ¿Es un padre el que arriesgaba su vida al ir á verte en los paseos, ó al ir á verte en tu cuna á casa de tu madre durante la noche? ¿Es el padre al cual un suspiro de tus caricias de niña le ha dado fuerzas para vivir, en el momento en que un hombre de honor debía matarse para escaparse de la infamia? ¿Soy yo, en fin, que no respiro más que por tu boca, que no veo más que por tus ojos, que no siento más que por tu corazón, el que no sabría defender con garras de león, con el alma de un padre, á mi único bien, á mi vida, á mi hija?... Pero desde la muerte de aquel angel que fué tu madre, no he pensado más que en una cosa, en la felicidad de reconocerte como hija mía, de estrecharte entre mis brazos á la faz del cielo y de la tierra, en matar al *forzado*... (Aquí hubo una

ligera pausa).... En darte un padre, repuso, en estrechar sin avergonzarme la mano de tu marido, de vivir sin temor en vuestros corazones, en decir á todo el mundo al verte: «¡Esa es mi hija!», en fin, en poder ser padre á mis anchas!

—¡Oh! ¡padre mío, padre mío!

—Después de muchas penas, después de haber escudriñado el globo, dijo Ferragus continuando, mis amigos han encontrado una piel que endosarme. Dentro de algunos días seré el señor de Funcal, un conde portugués. Vaya, hija mía, hay bien pocos hombres á mi edad que puedan tener la paciencia de aprender el inglés y el portugués, lenguas que ese diablo de marino sabía perfectamente.

—¡Querido padre!

—Todo ha sido previsto, y de aquí á algunos días, Su Majestad Juan VI, rey de Portugal, será mi cómplice. No necesitas, pues, más que un poco de paciencia en un asunto en el que tu padre ha tenido mucha. Pero para mí es muy sencillo. ¿Qué no haría yo para recompensar tu abnegación durante estos tres años? ¡Venir tan religiosamente á consolar á tu anciano padre, comprometer tu felicidad!

Clemencia cogió las manos á su padre, se las besó y dijo:

—¡Padre mío!

—Vamos, un poco de valor aún, mi querida Clemencia, guardame el fatal secreto hasta el fin. Julio no es un hombre ordinario; pero, no obstante, ¿sabemos nosotros si su gran carácter y su estremado amor no determinarían una especie de mecosprecio por la hija de un...?

—¡Oh! exclamó Clemencia, ha leído usted en el corazón de su hija, no tengo otro temor, añadió con tono desgarrador. Este pensamiento me hiela. Pero, padre mío, piense usted que le he prometido la verdad dentro de dos horas.

—Pues bien, hija mía, dile que vaya á la embajada de Portugal á ver al conde de Funcal, tu padre; yo estaré allí.

—¿Y el señor de Moulincourt, que le ha hablado de Ferragus? ¡Dios mío! padre mío, engañar, engañar siempre, ¡qué suplicio!

—¿A quién se lo dices? Dentro de algunos días ya no existirá un hombre que pueda desmentirme. Por otra parte, el señor de Moulincourt no debe estar ya en estado de recordarse... Vamos, loca, seca tus lágrimas y piensa...

En este momento, un grito terrible resonó en la habitación donde se hallaba el señor Julio Desmarets.